

de Sajonia, el cual, cuando Wallenstein se retiró de Bohemia para reunirse con Maximiliano de Baviera, ordenó á su feldmariscal Arnim que invadiera Silesia, segun lo convenido un año antes en Halle con Gustavo Adolfo. Como contestación á esto, Wallenstein, á fin de obligar á los sajones á retirarse de aquel territorio, dió orden de que penetraran en Sajonia primero Holck y luego Gallas, los cuales saquearon aquel país de una manera despiadada. Poco despues invadió aquel desdichado territorio el grueso del ejército de Wallenstein, del cual acababa de separarse Maximiliano de Baviera que hubo de acudir á defender sus propios dominios. Wallenstein se apoderó en poco tiempo de Leipzig y de todo el electorado y llamó á su lado al feldmariscal Pappenheim, que entretanto habia luchado en el Norte de Alemania con tanta habilidad como fortuna contra Baudissin y el duque Jorge de Luneburgo. El poderoso ejército que Wallenstein habia procurado al emperador estaba entonces reunido en la llanura de Leipzig, teatro de tantas batallas y donde un año antes el ejército de Tilly habia sido derrotado por el rey de Suecia.

Gustavo Adolfo no tardó en seguirle, y ardiendo en deseos de tomar el desquite de la jornada del 3 de setiembre, de realzar su respetabilidad un tanto quebrantada y de encontrarse en decisiva batalla campal enfrente del mas grande de sus adversarios, que la habia rehuido en Nuremberga, púsose en movimiento hácia el Norte en 18 de octubre, despues de haber dejado únicamente algunas guarniciones en el Danubio. El primer objetivo de su marcha era Erfurt; allí debia acudir tambien, segun sus indicaciones, el landgrave Guillermo de Hesse. En cuanto al archiduque Bernardo de Weimar, recibió orden de esperar en el Mein á que pasara por allí Gustavo Adolfo para entonces agregarse al ejército de este. En Nuremberga avistóse nuevamente el monarca sueco con su canciller y le dió las instrucciones necesarias respecto de lo que debia hacer en el Sur de Alemania. Parecia como que tuviera un presentimiento de su próxima muerte, pues por si esto ocurría y para durante la menor edad de su hija Cristina comunicó á aquel hombre de Estado, que merecia su absoluta confianza, todos sus pensamientos y sus deseos en lo tocante al gobierno de su patria. Despues se dirigió á marchas forzadas hácia Turingia; el día 1.º de noviembre se encontraba en Schleusingen y á la noche siguiente atravesó la selva turingia; el día 5 llegó á Erfurt, donde hizo un pequeño alto, y el día 10 pasó el Saale por Naumburgo. Los dos ejércitos enemigos se hallaban, por consiguiente, separados por una corta distancia.

En el campamento de Wallenstein se celebró un consejo de guerra para decidir si debia empeñarse ó no la batalla, habiéndose resuelto por unanimidad la negativa, como si todos temieran provocar el gran combate decisivo que, por otra parte, se hacia necesario. El consejo acordó impedir ante todo la union de los ejércitos sueco y sajón, y á este fin debia Pappenheim operar una diversion hácia Halle. En efecto, este general emprendió la marcha el día 15 de noviembre, mientras el grueso del ejército permanecía entre Merseburg y Lutzen para levantar allí un campamento. Gustavo Adolfo, enterado de esos propósitos, quiso interponerse entre el grueso del ejército imperial y el cuerpo de Pappenheim, y al efecto salió de Naumburg el día 15 y se puso en movimiento hácia Lutzen; pero Pappenheim recibió inmediatamente la orden de dejar las cosas tal como estaban y regresar con sus tropas donde estaba el ejército de Wallenstein, habiendo llegado con su caballería el día 16 en el preciso momento en que comenzaba la batalla decisiva.

El curso de la accion que se empeñó fué relativamente sencillo, al revés de lo acontecido en Breitenfeld: segun el

plan de Gustavo Adolfo, el ejército sueco debia cortar la comunicacion del enemigo con Leipzig y obligarle á retirarse á Halle, con lo cual habia de facilitarse la union de los suecos con los sajones. Esa operacion fué confiada al ala derecha sueca, á cuyo frente se puso el rey en persona. Este comenzó el ataque y bien pronto trabóse con el ala izquierda de los imperiales sangrienta lucha al principio de la cual fué mortalmente herido Pappenheim, á quien reemplazó Octavio Piccolomini, el cual resistió con valor heróico la terrible acometida de los suecos. Dos regimientos de estos fueron rechazados y dispersados; pero habiendo acudido Gustavo Adolfo con otro de refresco, cobró nuevo ardor el combate que una repentina y espesa niebla hacia sumamente difícil. Al repetirse el ataque, el rey de Suecia, que despreciando la lluvia de balas y por efecto de su miopía se acercó demasiado al enemigo, fué herido en un brazo, y no pudiendo, á consecuencia de esto, dominar su caballo, no tardó en caer exánime acribillado de balazos. Junto á su cadáver empeñóse la última y mas terrible lucha, en la que se peleó con tal saña que el mismo Wallenstein confiesa no haber visto cosa igual en su vida. Muerto Gustavo Adolfo, encargóse del mando del ejército sueco el duque Bernardo de Weimar, el cual logró restablecer el orden en sus filas, en las cuales habíase introducido ya la confusion, y rechazar á los imperiales. Wallenstein, herido tambien aunque ligeramente por un proyectil, lanzó contra él nuevas tropas, pero no pudo impedir que Bernardo conservara una de las posiciones dominantes de la cual habia arrojado á los imperiales. Wallenstein, sin haber sufrido una verdadera derrota, dió orden de retirada, quedando dueños del campo los suecos; sin embargo de esto, los imperiales sintieron el mismo júbilo que si su general hubiese obtenido una victoria, pues todos sabian perfectamente, y Wallenstein el primero, lo que la pérdida de Gustavo Adolfo significaba para la causa protestante.

LA LIGA DE HEILBRONN Y LA CAMPAÑA DEL SUR DE ALEMANIA, DE 1633

La batalla de Lutzen tiene una importancia histórica capital por mas de un concepto. En primer lugar privó á los protestantes alemanes del caudillo heróico y acostumbrado á vencer que les habia libertado de la opresora preponderancia de los esfuerzos catolizadores del emperador que, á pesar de la victoria conseguida, parecia amenazar de nuevo su existencia; y en segundo, libró á Alemania del peligro no pequeño que significaba el establecimiento permanente de una potencia extranjera en territorio alemán, pues aun cuando hasta entonces no hubiese Gustavo Adolfo concebido ningun plan claro y concreto que entrañara un peligro nacional en este sentido, difícilmente habria resistido á esa tentacion si el éxito hubiese seguido coronando sus empresas, tanto mas cuanto que despues de sus grandes victorias de 1631 todas las poblaciones de los territorios protestantes, especialmente del Sur de Alemania, le habian acogido como libertador del yugo de la Liga con un entusiasmo muy propio para hacer nacer en él el deseo de explotarlo en beneficio de sus ambiciosos fines. El mismo habia dicho en cierta ocasion que le parecia casi demasiado grande la veneracion que se le dispensaba. Ya hemos dicho que los nurembergueses le manifestaron que para el caso de tener que elegirse rey de Roma no conocian otro mas digno que él de merecer aquella dignidad, y no era en modo alguno imposible que tal sucediera, pues si Gustavo Adolfo hubiese logrado reponer al conde palatino no solo en su electorado del Palatinado, sino en la posesion de la corona bohemia, la mayoría del colegio electoral habria sido protestante. Ahora sabemos que Gustavo

Adolfo desechó resueltamente esa idea; pero ¿hubiera sido lo mismo si hubiese vivido mas tiempo, si en el desenvolvimiento de la guerra hubiese llegado á ser aun mas que hasta entonces el jefe reconocido del protestantismo? Partiendo de este punto de vista, cabe decir que para la fama universal de aquel rey heróico fué una suerte el haber hallado en Lutzen una muerte gloriosa, pues de este modo su imagen se conservó entre sus contemporáneos y se ha conservado en la posteridad pura y sin mancha, y su nombre pudo y puede hoy ser admirado y venerado como el del noble y caballeresco salvador de las ideas protestantes y antihabsburguesas en Alemania y en Europa. Quizás si hubiese vivido mas tiempo y hubiese conseguido nuevas victorias hubiérase desvanecido una parte del nimbo que hoy rodea su memoria; quizás de salvador del protestantismo alemán habríase con-

vertido en un enemigo nacional de Alemania; pero en aquellos momentos la importancia de su muerte dejóse sentir de una manera decisiva en ambos bandos. El partido católico habsburgués se encontró como el que despierta de una terrible pesadilla y públicamente manifestó el júbilo que aquella muerte le producía. Que á Gustavo Adolfo se le consideraba no solo como adalid del protestantismo, sino como caudillo de las potencias enemigas de los Habsburgos, demuéstalo el hecho de que el Papa, que como jefe de la Iglesia católica hubiera debido alegrarse de su muerte, hizo decir por él una misa de difuntos, porque con su desaparicion temia que renaciese la opresora prepotencia de los Habsburgos de la que tan amargos recuerdos conservaba por lo relativo á la guerra de sucesion mantuana.

Pero donde mas se sintió la muerte de aquel monarca fué



La gorgerin que llevaba puesta Gustavo Adolfo cuando sucumbió en Lutzen. (Museo imperial del Arsenal de Artillería de Viena)

en su patria, por cuya grandeza y poderío universal en Europa habia combatido en primer término Gustavo Adolfo. De todos sus grandes pensamientos y proyectos ninguno aparecia cada vez mas claro y mas comprensible en toda su vida y en todos sus actos, que el de elevar su reino sueco á la categoría de potencia dominante en el Norte de Europa, de hacer de él una gran potencia con ilimitada soberanía en el mar Báltico. A este alto objetivo tendió en el fondo la guerra por él emprendida en Alemania, y la adquisicion de las costas bálticas de la Pommerania es la pretension que vemos formulada en todas sus condiciones de paz y en todas sus demandas de indemnizacion. En aras de ese objetivo habia soportado el pobre país sueco los inmensos sacrificios que la colosal política del rey exigía; con la muerte de este quizás iban tales sacrificios á resultar estériles, quizás no iba á ser posible la continuacion de la guerra en Alemania.

Para resolver esta duda era de capital importancia saber si los príncipes protestantes alemanes que se habian aliado con Gustavo Adolfo estaban dispuestos á mantener sus alianzas aun despues de muerto el rey de Suecia, cosa que podia parecer mas que dudosa, pues de público se sabia que los mas poderosos de estos príncipes, es decir, los electores de Brandeburgo y de Sajonia solo por fuerza hablanse unido á Gustavo Adolfo, y el último especialmente habia dado á comprender bien claramente, ya en vida de aquel monarca, que la alianza sueca comenzaba á serle pesada. Todos estos graves temores aumentaban el dolor que la muerte de Gustavo Adolfo habia causado á sus fieles suecos y á sus constantes partidarios.

Inmediatamente despues de la batalla de Lutzen se hicieron las gestiones necesarias para facilitar, siquiera provisionalmente, la cohesion de la obra por Gustavo Adolfo conce-

bida. Así, cuando el 17 de noviembre el ejército sueco formando triste cortejo condujo el cadáver de su monarca á Weissenfels, aclamó por general, cediendo á una sugestion involuntaria, al joven duque Bernardo de Weimar, que, al morir el rey en aquel combate, hizo cargo del mando y se conquistó la confianza de las tropas por sus nobles cualidades personales y por sus notables dotes estratégicas. Su hermano, el duque Guillermo de Weimar, que nominalmente habia sido teniente general de Gustavo Adolfo, hubo de conformarse de buen ó mal grado con aquella designacion. Pero la nacion sueca dió á conocer muy pronto su firme propósito de continuar con todas sus fuerzas y dentro del mismo espíritu en que el rey la concibiera la grande obra por el amado príncipe iniciada, y lo dió á conocer desde el momento en que el Consejo del reino, apenas recibida la triste noticia, confió la direccion militar y política de los asuntos suecos en Alemania al enérgico canciller Oxenstierna, que conocía y estaba identificado con los pensamientos de Gustavo Adolfo y á quien este, poco antes de su muerte y como si la presintiera, habia confiado la ejecucion de su voluntad. De suerte que mientras en Suecia se establecia una regencia que gobernara durante la menor edad de Cristina, hija de Gustavo Adolfo, Oxenstierna hacíase cargo de la direccion de la política sueca en Alemania. La mision que iba á desempeñar era extraordinariamente difícil. El ejército sobre el cual descansaba la continuacion de la empresa comenzada por Gustavo Adolfo, no solo se veía privado del genial caudillo en quien tenia absoluta confianza, sino que, además, no era el mismo ejército veterano que un año y medio antes desembarcara con Gustavo Adolfo en el territorio alemán, pues como los refuerzos de vez en cuando recibidos de Suecia no bastaban á cubrir las bajas y por ende

mucho menos á engrosar el número de tropas, como exigía el plan cada vez mas vasto del monarca, resultaba de ahí que las cuatro quintas partes de aquellas fuerzas se componían de soldados reclutados en Alemania, siendo los suecos simplemente la base de aquel conjunto militar. Esto no obstante, Gustavo Adolfo había logrado conservar la antigua disciplina en aquel ejército de tan heterogéneos elementos compuesto; pero, á poco de ocurrida su muerte, este no se diferenció de los demás ejércitos mercenarios y antes bien los superó en punto á saquear cruelmente é imponer tributos á aquellas esquilmas comarcas, con tanta mas razon cuanto que en los últimos meses no se les habían satisfecho las pagas con la misma regularidad que antes.

Mucho mayores todavía eran las dificultades políticas que se oponían á la continuacion de la guerra tal como hasta entonces se había llevado, y desde luego hubo de verse claramente que el canciller no conseguiría, como lo había conseguido el rey, que en punto á la direccion militar Suecia se mantuviera independiente de Francia. El grande hombre de Estado francés había pedido desde un principio, como compensacion de los subsidios, el derecho de influir determinadamente en aquella direccion; pero Gustavo Adolfo habíase opuesto con éxito á tal demanda, negándose sobre todo constantemente á que Richelieu realizara la menor adquisicion en territorio alemán. Con la muerte de aquel monarca, las cosas cambiaron por completo y la influencia francesa aumentó en proporcion á las dificultades que encontraron los suecos para conservar á su lado á los aliados alemanes.

Cuán difícil sería esto, harto pronto lo demostraron las negociaciones que ya en diciembre de 1632 entablaron Oxenstierna y Bernardo de Weimar con el elector de Sajonia, el cual declaró desde luego francamente que su alianza con Gustavo Adolfo había sido de carácter puramente personal y que por lo mismo quedaba disuelta por la muerte de este, añadiendo que aun cuando esto no significaba que se separara de la alianza sueca, sí quería decir que de ningun modo estaba dispuesto á permanecer subordinado á un simple noble, es decir, al canciller, como lo había estado al difunto monarca. Juan Jorge volvió, con mas entusiasmo que nunca, á aquel antiguo pensamiento de un tercer partido supeditado á él, de cuya realizacion había logrado apartarle, no sin grandes trabajos, Gustavo Adolfo. Entonces se consideraba el jefe de la Alemania protestante y reclamó para sí la direccion, si no de toda la guerra, por lo menos de los contingentes de los protestantes alemanes. En vista de esto, el canciller sueco tuvo que renunciar á su primera idea, segun la cual toda la Alemania protestante, como *corpus evangelicorum* tal como el rey lo había concebido, debía formar con Suecia y bajo la única direccion de esta una alianza basada sobre una organizacion absoluta. Esto fué lo que en primer término propuso por creer que era la mejor solucion, pero desde luego indicó otros dos caminos, á saber: ó bien formar en vez de uno dos *corpora*, sometidos el uno al directorio sueco y el otro al sajón, ó bien en último caso constituir un *corpus* alemán protestante sin Suecia, que renunciaría, naturalmente mediante una indemnizacion proporcionada, á la guerra en Alemania y dejaría la continuacion de la misma exclusivamente á los príncipes alemanes. Juan Jorge hubiera preferido este último medio si hubiese sido realizable; pero hubo de comprender en primer lugar que las fuerzas de los príncipes alemanes no eran suficientes por sí solas para acometer tamaña empresa, y en segundo que los ofrecimientos de paz que le había hecho y seguía haciéndole el emperador se presentarian en condiciones mucho menos favorables desde el momento en que, habiendo cesado la proteccion de los suecos á los alemanes protestantes, no se viera

Fernando obligado á ceder en su actitud de resistencia. Por esto el elector de Sajonia, sobre todo despues que el elector Jorge Guillermo de Brandeburgo defendió en una entrevista celebrada en Dresde la idea de continuar unidos á Suecia, optó por la segunda de aquellas soluciones, es decir, por la formacion de dos *corpora*, uno bajo la direccion de Oxenstierna y otro bajo la suya propia, deseando, sin embargo, que su directorio no se limitara al ejército sajón como el canciller sueco pedía. Para Oxenstierna lo que por de pronto importaba mas que todo era conseguir que por lo menos los príncipes del Oeste de Alemania formaran una firme alianza con Suecia, logrado lo cual podría él sin gran inconveniente dejar al directorio sajón la direccion de la guerra en el Este.

A este fin se dirigió á los círculos imperiales de la Alta Alemania, á los cuales congregó en el mes de marzo en Heilbronn para constituir con ellos una alianza separada; pero entonces comenzó á sentir los efectos de la política francesa que en contra de sus propósitos trabajaba. Richelieu quería, como era natural, que Suecia continuara tomando parte en la guerra alemana y que se concertara una alianza con los príncipes alemanes; pero quería tambien que aquella potencia no alcanzara en la lucha una situacion demasiado poderosa, sino que estuviera en cierta relacion de dependencia respecto de la alianza y tambien respecto de Francia, pues tiempo hacia que le molestaban los grandes éxitos del «rey de los godos», de suerte que la muerte del mismo no le fué desagradable bajo algunos conceptos. Desde luego comprendió, y comprendió bien, que muerto Gustavo Adolfo aumentarían considerablemente el poderío y la influencia de Francia en la guerra alemana y que entonces sería posible realizar el antiguo objetivo de la política francesa de engrandecimiento, es decir, la conquista de la orilla izquierda del Rhin, para cuyo logro era un comienzo favorabilísimo la guerra con el obstinado duque de Lorena. El embajador enviado por Richelieu á Heilbronn, Feuquieres, recibió por consiguiente del cardenal la órden de procurar la formacion de una Liga con los Estados de la Alta Alemania, pero cuidando de que en ella no tuviera Suecia una situacion demasiado preponderante. A consecuencia de esos trabajos de Francia, Oxenstierna solo pudo conseguir en Heilbronn, y aun no sin grandes esfuerzos, que los círculos de la Alta Alemania y los dos del Rhin le otorgaran el directorio y el derecho de resolver todo lo pertinente á la guerra, pero con la limitacion de tener á su lado un consejo de la liga (*consilium formatum*) compuesto de siete representantes de los Estados y solamente tres suecos, que había de ser un obstáculo permanente á sus disposiciones. Tambien se acordó en el convenio de Heilbronn restituir el Palatinado al heredero del conde palatino Federico V, fallecido en 27 de noviembre de 1632, es decir, poco despues que Gustavo Adolfo. Como el primogénito de Federico, Carlos Luis, era todavía menor de edad, encargóse de la administracion del Palatinado Luis Felipe, hermano del difunto conde. De este modo se reparó por fin con la intervencion sueca la injusticia cometida en la asamblea de diputaciones de Ratisbona.

En tanto que estas negociaciones se seguian no había permanecido ocioso el grueso del ejército que estaba á las órdenes de Bernardo de Weimar, el cual, si bien no se atrevió á perseguir, como Juan Jorge ordinariamente deseaba, al debilitado ejército imperial que despues de la batalla de Lutzen habíase retirado con Wallenstein á Bohemia, consiguió, en cambio, en poco tiempo expulsar del territorio de Meissen á las fuerzas que aun allí se encontraban, ó sea las guarniciones de Chemnitz y Freiberg, y apoderarse en 27 de diciembre de 1632 de Zwickau. Despues de estos acontecimientos

acordóse en el consejo de guerra celebrado en Altenburgo dividir el ejército en dos partes: la mayor, compuesta de 14.000 hombres y mandada por el duque Jorge de Luneburgo, debía en union del valeroso landgrave Guillermo de Hesse emprender la lucha en la Alemania del Norte y batirse contra el general imperial Grossfeld; la mas pequeña, á las

órdenes de Bernardo, había de establecer sus cuarteles de invierno en Bamberg y sostener la guerra en la Alemania del Sur unida al feldmariscal Horn, á quien Gustavo Adolfo había confiado en el otoño de 1632 el mando supremo en Suabia y en Baviera. En cuanto al ejército sajón del feldmariscal Arnim permaneció en Silesia y se unió en el mes de enero



ILLVS TRISSIMVS DD AXELIUS OXENSTIERNÆ, LIB BARO IN KYMITHO, DOM IN FY: HOLMEN ET TYDOYEN etc. EQVES SACRÆ REGIÆ MAIESTATIS REGNORVMQVE SVÆCIÆ SENATOR CANCEL: LARIVS AD EXERCITVM SVEDICVM CVM POTESTATE PER VNIVERSAM GERMANIAM LEGAT: AC EVANGELI: FOEDER: DIRECT: Tullus ab Artorio vocis Oxenstiernæ oris. Consulor Belli fulmen, qui sustinuit unum. Gustavi magno magna promotor, et acer. Rebus in antiquis iocivis Principis ingenio. Cæsares æquales, incipientem laborum. Suis et rivalis, libet etatij redemptor. Regula tam, sequitur statum dicitur.

Axel Oxenstierna. Facsímile reducido del grabado de Enrique Hondius (1588-1658)

con el ejército sueco que allí estaba al mando de Duval, siendo poco despues reforzado por algunos regimientos brandeburgueses.

Apenas llegado á Bamberg, Bernardo trazó un vasto plan de campaña que demostraba que no en vano había estudiado aquel caudillo en la escuela de Gustavo Adolfo, que no era un sucesor indigno del gran monarca sueco. Mientras Horn y Baner resistían con éxito en Suabia al elector Maximiliano y al general de Wallenstein, Aldringer, concibió Bernardo el proyecto de hacer durante la primavera una demostracion contra Bohemia á fin de que las tropas sajonas de Silesia pudiesen tener completa libertad de accion; pero la idea capital en que persistía, en medio de sus planes incidentales, era apoderarse de la antigua ciudad imperial de Ratisbona, cuya posesion debía asegurar la situacion de las tropas sue-

cas en Baviera, y abrir el paso hácia los territorios hereditarios austriacos. Este objetivo, sin embargo, solo podía alcanzarse consiguiendo alejar del teatro de la guerra del Oeste al ejército de Wallenstein, que durante su permanencia en los cuarteles de invierno había aumentado considerablemente, y mantenerle en Bohemia y en Silesia. Para ello, Bernardo excitó á los sajones á que acometiesen á Wallenstein en Bohemia y lo distrajesen por este lado; y al propio tiempo, para defender la Franconia durante su expedicion al Sur de Alemania, ordenó á su hermano Guillermo, que en Saalfeld (Turingia) había reunido un pequeño ejército, que se dirigiera á Schweinfurt, desde donde podría observar al cuerpo de ejército de Holck, que se encontraba en Eger, é impedirle que invadiera el Alto Palatinado. Grandes trabajos costó decidir á Guillermo á que obedeciera esa órden, pues no pudiendo